

No Nos Metas En Tentación

NO. 1402

**UN SERMÓN PREDICADO POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y no nos metas en tentación.”
Mateo 6:13.***

El otro día estaba hojeando un libro de mensajes para jóvenes, y me encontré el bosquejo de un sermón que me pareció una joya perfecta. Lo voy a compartir con ustedes ahora. El texto es la oración del Señor, y la exposición está dividida en encabezados sumamente instructivos. “Padre nuestro que estás en los cielos:” *un hijo lejos de su hogar*. “Santificado sea tu nombre:” *un adorador*. “Venga tu reino:” *un súbdito*. “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra:” *un siervo*. “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy:” *un mendigo*. “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores:” *un pecador*. “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal:” *un pecador en peligro de volverse un peor pecador*. Los títulos son sumamente apropiados en cada caso, y condensan la petición con precisión.

Ahora, si recuerdan este bosquejo, notarán que la oración es como una escalera. Las peticiones comienzan en lo más alto y van descendiendo. “Padre nuestro que estás en los cielos:” un hijo, un hijo del Padre celestial. Ahora, ser un hijo de Dios, es la más elevada posición posible para el hombre. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.” Esto es Cristo: el Hijo de Dios. Y el “Padre nuestro” no es sino la forma plural del propio término que Él mismo usa, cuando se dirige a Dios, pues Jesús dice: “Padre.”

Mediante la fe nos atrevemos a colocarnos en una posición muy alta, llena de gracia, y exaltada, que ocupamos cuando con nuestra inteligencia decimos: “Padre nuestro que estás en los cielos.” Damos un paso hacia abajo, al siguiente peldaño: “Santificado sea tu nombre.” Aquí tenemos a un adorador que adora con humilde reverencia al tres veces santo Dios. El lugar del adorador es elevado, pero no alcanza la excelencia de la posición del hijo. Los ángeles ocupan la alta posición de adoradores, y con sus incesantes himnos santifican el nombre de Dios; pero ellos no pueden decir: “Padre nuestro,” “porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: ‘Mi Hijo eres tú?’” Ellos deben contentarse con estar un peldaño por debajo de la cima que no pueden alcanzar: pues ni por adopción, ni por regeneración, ni por unión con Cristo, son hijos de Dios. “¡Abba, Padre!” es para los hombres, no para los ángeles, y por

tanto, la frase de adoración en la oración, es un peldaño colocado abajo de la frase inicial: “Padre nuestro.”

La siguiente petición es para nosotros como súbditos: “Venga tu reino.” El súbdito está ubicado abajo del adorador, pues la adoración es una ocupación elevada en la que el hombre ejercita un sacerdocio, y es visto en un estado humilde pero honorable. El hijo adora, y luego confiesa la realeza del Grandioso Padre.

Continuando el descenso, el siguiente peldaño es el del siervo: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” Este es un nivel más bajo que el del súbdito, pues su majestad la Reina tiene muchos súbditos que no son sus siervos. No están obligados a atenderla en su palacio prestando un servicio personal, aunque la reconocen como su soberana honorable. Los duques y otros nobles de diversos rangos, son sus súbditos, pero no sus sirvientes. El sirviente está colocado un escalón más abajo que el súbdito.

Todos reconocerán que la siguiente petición proviene de un peldaño inferior, pues es la petición de un mendigo: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy;” de un mendigo que pide pan, alguien que mendiga a diario; alguien que tiene que apelar continuamente a la caridad para su sustento. Es muy conveniente que nosotros ocupemos ese lugar, ya que todo lo que tenemos, lo debemos a la caridad del cielo.

Pero hay un peldaño más abajo que el del mendigo, y corresponde al lugar del pecador. “Perdónanos” está más abajo que “danos.” “Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.” Aquí también debemos situarnos todos nosotros, pues ninguna palabra se adecua mejor a nuestros labios indignos, que la oración “perdónanos.” En tanto que vivamos y pequemos, debemos lamentarnos y clamar: “¡Señor, ten misericordia de nosotros!”

Entonces, en el peldaño inferior de la escalera está el pecador, temeroso de cometer un pecado todavía mayor, colocado en un peligro extremo y consciente de su debilidad, sensible al pecado pasado y temeroso del pecado futuro: óiganlo expresar, con labios temblorosos, las palabras de nuestro texto: “Y no nos metas en tentación, mas libranos del mal.”

Y sin embargo, queridos amigos, aunque he descrito la oración como un descenso, bajar equivale a subir en los asuntos de la gracia, como lo podemos demostrar fácilmente si el tiempo lo permite. De cualquier modo, el proceso de descenso en esta oración, puede describir muy bien el avance de la vida divina en el alma. La última frase de la oración contiene en sí una experiencia íntima más profunda, que su parte inicial.

Cada creyente es un hijo de Dios, un adorador, un súbdito, un siervo, un mendigo, y un pecador; pero no cualquiera percibe las tentaciones que lo asedian, ni tampoco su propia tendencia a someterse a ellas. No todo hijo de Dios, aun cuando tenga una edad avanzada, conoce plenamente el significado de ser metido en la tentación; pues algunos

siguen una senda fácil y raras veces son zarandeados; y otros son bebés tan tiernos, que difícilmente conocen sus propias corrupciones.

Para entender plenamente nuestro texto, un hombre debería haber experimentado intensas escaramuzas en diversas luchas y haber combatido contra el enemigo de su alma durante largos días. Quien se ha escapado a duras penas, ofrece esta oración enfatizando su significado. El hombre que ha sentido la cercanía de la red del cazador, (el hombre que ha sido prendido y casi destruido por el adversario), pide con insistente empeño: “no nos metas en tentación.”

Tratando de recomendarles esta oración, tengo el propósito de comentar ahora, primero que nada, *el espíritu que propicia una petición así*; en segundo lugar, *las pruebas contra las que esta oración implora*; y luego, en tercer lugar, *las lecciones que enseña*.

I. ¿QUÉ PROPICIA UNA ORACIÓN COMO ÉSTA? “No nos metas en tentación.”

Primero, por la posición de la frase, yo deduzco mediante un rápido proceso de análisis, que esta oración es motivada por *la vigilancia*. Esta petición sigue a la frase: “perdónanos nuestras deudas.” Voy a suponer que esa petición ha sido otorgada, y el pecado del hombre es perdonado. ¿Y luego qué? Si echan un vistazo a su vida pasada, pronto percibirán lo que ocurre por lo general a un hombre que ha sido perdonado, pues “Como en el agua el rostro corresponde al rostro, así el corazón del hombre al del hombre.” La experiencia íntima de un creyente es semejante a la de otro creyente, y los propios sentimientos de ustedes han sido semejantes a los míos.

Muy pronto, después que un penitente ha recibido el perdón y siente que ha sido perdonado en su alma, es tentado por el diablo; pues Satán no puede soportar la mengua de sus súbditos, y cuando los ve cruzar la línea fronteriza y escapar de su mano, reúne a todas sus fuerzas y aplica toda su astucia para ver si, por ventura, puede quitarles la vida de inmediato. Para enfrentar este asalto especial, el Señor pone en alerta al corazón. Percibiendo la ferocidad y la sutileza de las tentaciones de Satanás, el creyente recién nacido, gozándose en el perfecto perdón que ha recibido, clama a Dios: “no nos metas en tentación.”

Es el temor de perder el gozo del perdón del pecado el que así clama al buen Dios: “Padre nuestro, no permitas que perdamos la salvación que hemos obtenido tan recientemente. No permitas que sea sometida a peligros. No dejes que Satanás quebrante nuestra recién encontrada paz. Acabamos de escapar; no nos sumerjas nuevamente en las profundidades. Nadando hacia la costa, algunos aferrados a tabloncillos y otros sobre trozos de residuos del barco, hemos llegado a salvo a la costa; constriñenos a no tentar de nuevo al bramante océano. No nos arrojes más sobre las violentas olas. Oh Dios, nosotros vemos cómo avanza el enemigo: está listo a zarandearnos como trigo si pudiera. No permitas que seamos puestos en su criba, mas líbranos, te suplicamos.”

Es una oración de vigilancia; y fíjense bien, aunque hemos hablado que la vigilancia es necesaria al comienzo de la vida cristiana, es igualmente indispensable hasta el fin. No hay una sola hora en la que el creyente pueda darse el lujo de descuidarse. Velen, se los ruego, cuando estén solos, pues la tentación, como un asesino que serpea, tiene una daga especial para los corazones solitarios. Deben poner pasador y cerrojos a la puerta, si quieren mantener fuera al diablo. Velen también cuando estén en público, pues las tentaciones agrupadas en tropas lanzan sus flechas para que vuelen durante todo el día.

Los compañeros más selectos que puedan elegir, no estarán desprovistos de alguna mala influencia sobre ustedes, a menos que se mantengan en guardia. Recuerden las palabras de nuestro bendito Maestro: “Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad,” y conforme estén velando, una oración se elevará con frecuencia desde lo íntimo del corazón—

***“Del poder de la oscura tentación,
Y de los ardidés de Satanás, defiéndeme;
Líbrame en la mala hora,
Y guíame hasta el fin.”***

Es una oración de vigilancia.

A continuación, me parece que es la oración natural inspirada por *el horror del simple pensamiento de caer de nuevo en el pecado*. Recuerdo la historia de un minero que, habiendo sido un vulgar blasfemo, un hombre de vida licenciosa y que hacía todo lo malo, cuando fue convertido por la gracia divina, estaba terriblemente temeroso que sus antiguos compañeros lo empujaran otra vez a su vida anterior. Él sabía que era un hombre de fuertes pasiones, con la tendencia a ser llevado al descarrío por los demás, y por tanto, en su miedo de ser arrastrado otra vez a sus viejos pecados, oró con empeño pidiendo que antes que volver a sus caminos anteriores, prefería morir. Y en ese mismo instante murió. Tal vez fue la mejor respuesta a la mejor petición que el pobre hombre pudo haber ofrecido.

Yo estoy seguro que cualquiera que haya llevado una mala vida, si la maravillosa gracia de Dios lo ha sacado de ella, estará de acuerdo que la oración del minero no era de ningún modo demasiado exagerada. Sería mejor morir de inmediato que continuar viviendo para retornar a nuestro primer estado y cubrir de deshonor el nombre de Jesucristo nuestro Señor. La oración que estamos considerando, brota del encogimiento del alma al primer asedio del tentador. El ruido de las pisadas del demonio resuena en el oído sobresaltado del tímido penitente; se estremece como una hoja de álamo temblón, y grita, ¡cómo!, ¿ya está regresando otra vez? Y, ¿es posible que yo caiga de nuevo? Y, ¿puedo manchar estos blancos vestidos con ese despreciable pecado asesino, que quitó la vida de mi Señor? “Oh Dios mío,” parece decir la oración, “guárdame de ese horrendo mal. Llévame, te lo ruego, donde Tú quieras: ay, inclusive a través del valle de sombras de muerte, pero no me

metas en tentación, para que no caiga y Te deshonre.” El niño que ya se ha quemado teme al fuego. Quien ha sido atrapado una vez en la trampa de acero, lleva las cicatrices en su carne y está profundamente temeroso de ser aprisionado de nuevo en medio de esos dientes crueles.

El tercer sentimiento, también es muy claro; es decir, *desconfianza de la fortaleza personal*. El hombre que se siente lo suficientemente fuerte para todo, es temerario, e inclusive invita a la batalla que hará visible su poder. “Oh,” afirma, “no me importa; se pueden reunir contra mí los que quieran; yo soy lo suficientemente capaz de cuidarme y sostenerme contra los que sean.” Está presto a involucrarse en conflictos, y corteja a la refriega.

No hace lo mismo el hombre que ha sido enseñado de Dios y que conoce su propia debilidad; él no quiere ser probado, sino que busca lugares tranquilos donde pueda estar protegido de cualquier daño. Si se ve involucrado en la batalla, peleará como hombre; si es tentado, verán cuán firme se planta; pero me parece que él no busca el conflicto, así como muy pocos soldados que conocen lo que es la lucha, la provocan. En verdad, únicamente aquellos que desconocen el olor de la pólvora, o que nunca han visto los cadáveres amontonados unos sobre otros, formando un montículo sangriento, están ávidos de balas y granadas. Pero los veteranos prefieren los pastoriles tiempos de paz.

Ningún creyente experimentado desea jamás un conflicto espiritual, pero algunos reclutas novatos más bien lo buscan. En un cristiano, el recuerdo de su previa debilidad: sus resoluciones quebrantadas y sus promesas incumplidas, lo conduce a orar para no ser severamente probado en un futuro. No se atreve a confiar otra vez en sí mismo. No quiere una lucha con Satanás, ni tampoco con el mundo; pide más bien, si es posible, que sea librado de esos severos encuentros, y su oración es, “No nos metas en tentación.” El creyente sabio manifiesta una desconfianza sagrada; es más, puedo afirmar que posee una total desesperanza acerca de sí: y aunque sabe que el poder de Dios es lo suficientemente fuerte para todo, sin embargo, el sentido de su debilidad pesa tanto sobre él, que ruega que se le evite demasiada desgracia. Por esto clama: “no nos metas en tentación.”

Pienso que no he agotado las facetas del espíritu anunciadas por esta oración, pues me parece que brota, de alguna manera, de *la caridad*. “¿Caridad?” dirás tú. “¿Cómo es eso?” Bien, siempre debemos considerar el contexto, y leyendo la frase precedente en conexión con ella, vemos las palabras, “como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos metas en tentación.” No debemos ser demasiado severos con aquellas personas que han hecho mal y nos han ofendido, sino que debemos orar, “Señor, no nos metas en tentación.”

Tu criada, pobre muchacha, hurtó una menudencia que te pertenecía. No estoy excusando su robo, pero te suplico que hagas una pausa por un instante, antes que casi arruines su carácter de por vida. Hazte

esta pregunta: “¿No habría podido yo hacer lo mismo si hubiera estado en su posición? Señor, no me metas en tentación.”

Es verdad que estuvo muy mal que ese joven tratara con deshonestidad tus bienes. Sin embargo, estaba bajo demasiada presión proveniente de alguna mano fuerte, y sólo cedió por compulsión. No seas demasiado severo con él. No digas: “voy a darle seguimiento hasta las últimas consecuencias; voy a aplicarle la ley.” No, aguarda un momento; deja que hable la piedad, y que te implore la voz de plata de la misericordia. Piensa en ti mismo, para que no seas tentado, y ora, “no nos metas en tentación.”

Yo me temo que independientemente de lo mal que algunos se comportan bajo la tentación, muchos de nosotros, en su lugar, habríamos actuado de peor manera. Me gustaría, si pudiera, formarme un tipo de juicio acerca del descarrío; y me ayudaría a hacerlo si me imaginara sometido a esas mismas pruebas, y mirar las cosas desde su propia perspectiva, y ponerme en su lugar, sin poseer nada de la gracia de Dios que me ayudara: ¿no habría caído de igual manera que ellos lo hicieron, y no los habría sobrepasado en el mal? ¿No podría llegarles el día, a ustedes que son inmisericordes, en que tengan que pedir misericordia para ustedes mismos? ¿Acaso dije: no podría llegarles? Estoy seguro que *debe* llegarles. Cuando dejen todo aquí abajo, y vuelvan una vista retrospectiva a toda su vida, y comprueben que tienen mucho que lamentar, ¿a qué cosa podrán apelar entonces sino a la misericordia de Dios? Y, ¿qué pasa si Él les responde: “un llamado fue hecho a *tu* misericordia, y no tuviste ninguna? Como hiciste con otros, así haré contigo.” ¿Qué respuesta le darías a Dios si te tratara así? ¿Acaso Su respuesta no sería justa y buena? ¿No se le debería pagar a cada hombre con la misma moneda, cuando esté siendo juzgado? Así que yo pienso que esta oración: “no nos metas en tentación,” debería brotar a menudo del corazón, a través de un sentimiento caritativo hacia otros que han errado, que son de la misma carne y sangre que nosotros.

Ahora, siempre que vean a un ebrio tambalearse por las calles, no se gloríen sintiéndose superiores, sino que deben decir: “no nos metas en tentación.” Cuando tomen los periódicos y lean que algunos hombres han traicionado la confianza que se les tenía por causa del oro, condenen su conducta si quieren, pero no se regocijen en la propia firmeza, sino más bien clamen con toda humildad: “no nos metas en tentación.”

Cuando la pobre muchacha seducida para que se alejara de las sendas de la virtud, se atravesase en el camino de ustedes, no la miren con un desprecio que la pueda entregar a la destrucción, sino que digan, “no nos metas en tentación.” Si esta oración estuviera tan a menudo en nuestros corazones como lo está en nuestros labios, nos enseñaría maneras más indulgentes y moderadas en nuestra relación con hombres y mujeres pecadores.

Además, ¿no piensan ustedes que esta oración exhala un espíritu de *confianza*: de confianza en Dios? “Bueno,” dirá alguno, “yo no lo veo así.” Para mí, (y yo no sé si seré capaz de transmitir mi pensamiento), para mí, hay un grado de familiaridad muy tierna y de sagrada intrepidez en esta expresión. Por supuesto, Dios me guiará ahora que soy Su hijo. Es más, ahora que me ha perdonado, yo estoy seguro que no me conducirá a lugares donde pueda estar expuesto a algún daño. Esto debe saberlo y creerlo mi fe, y sin embargo, por razones diversas, surge en mi mente un miedo de que Su providencia me pueda conducir donde sea tentado. Ese miedo, ¿es válido o no? Se apodera de mi mente; ¿puedo ir con él a mi Dios? ¿Puedo expresar en oración esta duda de mi alma? ¿Puedo derramar esta ansiedad ante el grandioso y sabio Dios de amor? ¿No será una oración impertinente? No, no lo será, pues Jesús pone las palabras en mi boca y dice: “Vosotros, pues, oraréis así.”

Ustedes tienen miedo que Él pueda meterlos en tentación; pero Él no lo hará; o si Él viera que es conveniente probarlos, Él también suministrará la fortaleza para que se sostengan hasta el final. A Él le agradará preservarlos en Su infinita misericordia. Ustedes estarán perfectamente seguros si Lo siguen al lugar que Él los conduzca, pues Su presencia hará que el aire más mortífero se vuelva saludable. Pero puesto que ustedes instintivamente tienen un temor de ser conducidos donde la lucha sea demasiado severa y el camino demasiado escabroso, díganse lo sin reservas a su Padre celestial.

Ustedes saben que en casa, si un hijo tiene alguna pequeña queja contra su padre, siempre es mejor que la exprese. Si considera que su padre no le hizo caso el otro día, o piensa a medias que la tarea que su padre le ha encomendado es demasiado severa, o supone que su padre espera demasiado de él; si no dice absolutamente nada al respecto, puede tornarse sombrío y perder mucho de la amorosa ternura que siempre debe sentir el corazón de un hijo. Pero cuando el hijo dice francamente: “padre, no quiero que pienses que no te amo o que no puedo confiar en ti, pero tengo este pensamiento que turba mi mente, y lo voy a expresar con toda claridad;” ese es el camino más sabio a seguir, y muestra una seguridad filial. Esa es la manera de mantener el amor y la confianza.

Así que si tienes una sospecha en tu alma, que tal vez tu Padre pueda meterte en una tentación demasiado poderosa para ti, exprésaselo a Él. Coméntaselo aunque parezca que te estás tomando demasiadas libertades. Aunque tu miedo sea el fruto de la incredulidad, hazlo saber a tu Señor, y no albergues ese pensamiento sombrío. Recuerda que la oración del Señor no fue hecha para Él, sino para ti; y por lo tanto, ve los asuntos desde tu propia perspectiva y no de la Suya. La oración de nuestro Señor no es para nuestro Señor; es para nosotros, Sus hijos; y los hijos dicen siempre a sus padres tantas cosas que son apropiadas si provienen de ellos, pero que no son prudentes ni precisas según la me-

dida del conocimiento de los padres. Su padre sabe lo que quieren decir sus corazones, y sin embargo puede haber mucho de insensato o errado en lo que dicen. Por tanto yo veo que esta oración manifiesta esa bendita confianza del niño que expresa a su padre el miedo que lo aflige, ya sea que ese miedo sea válido o no.

Amados, no debemos debatir aquí la pregunta acerca de si Dios mete en tentación o no, o si podemos caer de la gracia o no; es suficiente que sintamos un miedo, y que se nos permita expresarlo a nuestro Padre en el cielo. Siempre que sientan miedo de cualquier tipo, corran a Aquél que ama a Sus pequeñitos, y que como padre, siente piedad por ellos y quiere calmarlos incluso en sus alarmas innecesarias.

De esta manera he mostrado que el espíritu que inspira esta oración es uno de vigilancia, de santo horror ante el simple pensamiento del pecado, de desconfianza de la fuerza propia, de caridad hacia los demás, y de confianza en Dios.

II. En segundo lugar preguntemos, ¿CUÁLES SON ESTAS TENTACIONES CONTRA LAS QUE ESTA ORACIÓN IMPLORA? O digamos más bien, ¿cuáles son estas pruebas que son muy temidas?

Yo no creo que la oración tenga la intención de pedir a Dios que nos libre de ser afligidos para nuestro bien, o que nos guarde de sufrir como disciplina. Por supuesto que debemos estar contentos de librarnos de esas cosas; pero la oración apunta a otra forma de prueba, y puede ser parafraseada así: “líbrame, oh Dios, de las pruebas y sufrimientos que me puedan conducir al pecado. Líbrame de pruebas demasiado grandes, para que no sucumba, si vencen mi paciencia, o mi fe, o mi firmeza.”

Ahora, tan brevemente como pueda, les voy a mostrar cómo los hombres pueden ser metidos en tentación por la mano de Dios.

Y lo primero es *cuando retira su gracia divina*. Supongan por un instante, (y es sólo una suposición), que el Señor nos dejara por completo. Entonces pereceríamos sin demora. Pero supongamos, (y no se trata de una suposición estéril), que en cierta medida nos quitara Su fortaleza; ¿no estaríamos en una condición perniciosa? Supongan que ya no sustentara nuestra fe: ¡qué incredulidad exhibiríamos! Supongan que Él rehusara apoyarnos en el tiempo de la tribulación, de tal forma que no guardáramos más nuestra integridad, entonces, ¿qué sería de nosotros? Ah, el hombre más recto no sería recto por mucho tiempo, ni el hombre más santo continuaría siéndolo.

Supón, querido amigo, tú que caminas a la luz del rostro de Dios y llevas el yugo de la vida con facilidad, porque Él te sustenta; supón que Su presencia te fuera retirada, ¿cuál sería tu porción? Somos todos tan semejantes a Sansón en esta materia, que debo utilizarlo como un ejemplo en mi exposición, aunque a menudo haya sido usado para ese propósito por otros. En tanto que las guedejas de nuestra cabeza no sean trasquiladas, podemos hacer cualquier cosa y todas las cosas: po-

demos destrozarnos leones, cargar las puertas de Gaza, y destruir a los ejércitos enemigos.

Somos potentes en la fuerza de Su poder, por la divina señal consagratoria; pero si el Señor se retira un instante y nosotros intentamos hacer solos el trabajo, entonces descubrimos que somos débiles como un diminuto insecto. Cuando el Señor se apartó de ti, oh Sansón, ¿no te volviste igual que los demás hombres? Entonces el grito, “¡Sansón, los filisteos contra ti!”, es el tañido de las campanas fúnebres por la muerte de tu gloria. En vano sacudes esos fornidos miembros de tu cuerpo. Ahora te sacarán los ojos y los filisteos se burlarán de ti. En vista de una catástrofe semejante, es bueno que estemos en medio de una agonía de peticiones. Oren entonces, “Señor, no me dejes; y no me metas en tentación, retirando de mí Tu Espíritu.”—

***“Guárdanos, Señor, oh guárdanos siempre,
Nuestra esperanza es vana sin Tu apoyo;
Somos Tuyos; oh no nos abandones nunca,
Hasta que veamos Tu rostro en el cielo;
En el cielo, donde te alabaremos
Por toda una resplandeciente eternidad.
Toda nuestra fuerza nos abandonaría al instante,
Si fuéramos desamparados, Señor, por Ti;
Nada podría servirnos, teniendo ese vacío,
Y nuestra derrota segura sería:
Los que nos odian
Verían de esta manera saciado su deseo.”***

Otro conjunto de tentaciones puede ser encontrado en las *condiciones providenciales*. Las palabras de Agur, hijo de Jaqué, servirán de ejemplo aquí. “Vanidad y palabra mentirosa aparta de mí; no me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová? O que siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios.”

Algunos de nosotros nunca hemos sabido lo que significa una necesidad extrema; hemos vivido desde nuestra juventud en el bienestar social. Ah, queridos amigos, cuando vemos lo que la suma pobreza ha impulsado a hacer a algunos hombres ¿cómo podemos estar seguros que no nos habríamos comportado de peor manera, si hubiéramos tenido la terrible presión que ellos sintieron? Debemos estremecernos y decir: “Señor, cuando veo a las familias pobres apretujadas en un cuartito donde escasamente hay espacio para observar una decencia común; cuando veo que falta el pan para evitar que los hijos lloren de hambre; cuando veo las ropas del hombre desgastadas a su espalda, y demasiado ligeras para protegerlo del frío, te suplico que no me sujetes a una prueba así, para que no sea conducido a la condición de estirar mi mano y robar. No me metas en la tentación de una lánguida necesidad.”

Y, por otro lado, miren las tentaciones del dinero, cuando los hombres tienen para gastar más de lo que realmente necesitan, y están ro-

deados de una sociedad que los tienta a las carreras, al juego, a la prostitución y a todo tipo de iniquidades. El joven que tiene una fortuna a la mano, antes de alcanzar la edad de la discreción, y está rodeado de aduladores y tentadores, todos ellos ávidos de despojarlo; ¿acaso se sorprenden que sea conducido al vicio, y que se convierta en un hombre moralmente arruinado? Al igual que un galeón asechado por los piratas, nunca se encuentra fuera de peligro; ¿acaso es una sorpresa que no llegue nunca a puerto seguro? Las mujeres lo tientan, los hombres lo adulan, los viles mensajeros del diablo lo acarician, y el joven necio los sigue como el buey va al matadero, o como el pájaro se apresura a la trampa, sin darse cuenta que arriesga su vida. Muy bien puedes agradecer al cielo que no hayas conocido nunca esa tentación, pues si fuera puesta en tu camino, tú también estarías en un inminente peligro. Si las riquezas y el honor te fascinan, no los busques con avidez, sino que más bien ora: “no nos metas en tentación.”

Las posiciones providenciales a menudo prueban a los hombres. Hay un hombre inclinado al dinero fácil en los negocios; ¿de qué manera podrá pagar esa elevada factura? Si no la paga, habrá desolación en su familia; el negocio mercantil del que ahora obtiene sus ingresos irá a la quiebra; todo mundo se avergonzará de él, sus hijos serán discriminados, y él terminará en la ruina. Sólo tiene que usar una cierta suma que se le ha confiado: no tiene el derecho de arriesgar ni un centavo de ese dinero, pues no le pertenece, mas sin embargo, mediante su uso temporal puede acaso superar la dificultad. El diablo le dice que puede devolverlo en una semana. Si toca ese dinero sería una acción ruin, pero entonces se convence a sí mismo: “nadie será afectado por eso, y será una maravillosa solución,” etcétera. Si cede a la sugerencia, y todo sale bien, algunos dirán: “bueno, después de todo, no hubo mucho daño en ello, y más bien fue un paso prudente, pues le salvó de la ruina.” Pero si algo sale mal, y lo descubren, entonces todo mundo dirá: “fue un robo descarado. Ese hombre debe ser desterrado.”

Pero, hermanos, la acción era mala en sí misma, y las consecuencias no la hacen ni mejor ni peor. No condenen con amargura, sino oren una y otra vez, “no nos metas en tentación. No nos metas en tentación.” Ustedes pueden ver, en efecto, que Dios en Su providencia pone a los hombres, a veces, en posiciones en las que son severamente probados. Es por su bien que son probados, y cuando pueden aguantar la prueba, engrandecen Su gracia, y ellos mismos se fortalecen: la prueba tiene usos beneficiosos cuando puede ser soportada, y por eso Dios no siempre nos priva de las pruebas. Nuestro Padre celestial no ha tenido nunca la intención de mimarnos y guardarnos de la tentación, pues eso no es parte del sistema que Él ha establecido sabiamente para nuestra educación. No quiere que seamos bebés hundidos cómodamente en sus carriolas durante toda la vida.

Él creó a Adán y Eva en el huerto, y no puso una barda de hierro alrededor del árbol del conocimiento, diciendo: “no pueden alcanzarlo.” No, sino que les previno que no tocaran el fruto, aunque podían alcanzar el árbol si lo hubieran deseado. Lo que Él quería es que pudieran haber tenido la posibilidad de alcanzar la dignidad de la fidelidad voluntaria si permanecían firmes, pero la perdieron por su pecado; y Dios tiene la intención, en su nueva creación, de no escudar a Su pueblo de los diferentes tipos de prueba y aflicción, pues eso sería engendrar hipócritas y mantener a los fieles al nivel de personas enanas y débiles.

El Señor pone algunas veces a los elegidos en lugares donde van a ser probados, y hacemos lo correcto al orar: “no nos metas en tentación.”

Y hay tentaciones que surgen de *condiciones físicas*. Hay algunos hombres que tienen un carácter muy moral porque gozan de salud; y hay otros hombres que son muy malos, que, sin duda, si supiéramos todo acerca de ellos, estaríamos inclinados a cierta suavidad en nuestro trato, debido a la infeliz conformación de su constitución. Digamos que hay muchas personas a las que les resulta muy fácil mostrarse alegres y generosas, mientras que hay otras que necesitan esforzarse mucho para no desesperar o para no caer en la misantropía.

Es muy difícil batallar con hígados enfermos, corazones débiles o cerebros lesionados. ¿Se queja esa anciana? Entonces comentamos: ¡ella únicamente ha sufrido de reumatismo durante treinta años, y sin embargo, cada vez y cuando murmura! ¿Cómo estarías tú si sintieras sus sufrimientos durante treinta minutos? He oído de un hombre que se quejaba de todo el mundo. Cuando murió y los doctores abrieron su cráneo encontraron que su bóveda craneana era muy estrecha, y descubrieron que el hombre sufría de irritación cerebral. ¿Acaso sus duros comentarios no eran atribuibles en gran manera a esa condición?

Yo no menciono estos asuntos para excusar el pecado, sino para hacer que tanto ustedes como yo, tratemos a gente así con la gentileza que podamos, y que oremos: “Señor, no me des una bóveda craneana así, y librame de esos reumatismos y de esos dolores, porque colocado en un potro de tormento semejante, yo sería peor que ellos. No nos metas en tentación.”

Además, *las condiciones mentales* a menudo suministran grandes tentaciones. Cuando un hombre cae en la depresión, es tentado. Aquellos de nosotros que nos regocijamos mucho, a menudo nos hundimos en la misma proporción que nos elevamos, y cuando todo se ve sombrío a nuestro alrededor, Satanás aprovechará con toda seguridad esa ocasión para inculcar el desaliento. Dios no quiera que nos excusemos, pero, amado hermano, yo ruego que no seas metido en esta tentación. Tal vez si fueras sujeto del nerviosismo y del decaimiento de espíritu como el amigo al que culpas por su melancolía, serías más digno de censura que él. Entonces en vez de condenar, ten piedad.

Y, por otro lado, cuando los espíritus están alborozados y el corazón está pronto a bailar de gozo, eso es muy propicio para que penetre la liviandad y para decir palabras impropias. Pídanle al Señor que no les permita elevarse tan alto ni caer tan bajo, para no ser conducidos al mal. “No nos metas en tentación,” debe ser nuestra oración de cada hora.

Más allá de esto, hay tentaciones que brotan de las *asociaciones personales*, que se reúnen alrededor de nosotros según el orden de la providencia. Estamos obligados a evitar las malas compañías, pero hay casos en los que, sin ninguna culpa propia, las personas son llevadas a asociarse con caracteres malévolos. Puedo dar como ejemplos al niño devoto cuyo padre es un renegado, y a la mujer piadosa convertida recientemente, cuyo marido sigue siendo un impío que blasfema el nombre de Cristo.

Sucede lo mismo con los obreros que tienen que trabajar en los talleres, donde compañeros disolutos dejan escapar un juramento cada media docena de palabras que pronuncian, y derraman ese lenguaje inmundado que nos escandaliza cada día más y más. Creo que en Londres, nuestra clase trabajadora dice ahora más groserías que antes; al menos, yo las escucho más, cuando camino por las calles o cuando me detengo por alguna razón. Bien, si las personas están obligadas a trabajar en talleres así, o a convivir con familias así, pueden venir tiempos cuando bajo el látigo de la burla o el escarnio o el sarcasmo, el corazón desmaye y la lengua se rehúse a hablar por Cristo. Ese silencio y esa cobardía no pueden ser excusados, pero sin embargo no censures a tu hermano, sino que debes decir: “Señor, no me metas en tentación.”

¿Cómo sabes que tú tendrías más valor? Pedro se acobardó ante una sirvienta locuaz, y tú también puedes sentir temor de la lengua de una mujer. La peor tentación que conozco para un joven cristiano, es convivir con un hipócrita, un hombre tan santificado y recatado que el joven corazón, engañado por las apariencias, confía plenamente en él. Pero ese infeliz tiene un corazón falso y una vida podrida. Y hay tales desgraciados que, con la pretensión y afectación de piedad, cometen actos ante los que podríamos derramar lágrimas de sangre: los jóvenes se tambalean espantosamente, y muchos de ellos se vuelven deformes de por vida en su conformación espiritual, al asociarse con tales seres.

Cuando vean faltas generadas por esas causas comunes pero horribles, díganse a sí mismos: “Señor, no me metas en tentación. Te doy gracias por mis padres piadosos y por mis amistades cristianas y por los ejemplos piadosos; pero, ¿qué habría sido de mí si yo hubiera sido sometido exactamente a lo opuesto? Si me hubieran tocado influencias malignas cuando como una vasija, estaba siendo formado en la rueda, podría haber exhibido fallas más notorias que las que ahora veo en otros.”

Así podría continuar exhortándolos para que oren, queridos amigos, contra las diversas tentaciones; pero permítanme decirles que el Señor tiene *pruebas muy especiales* para algunos hombres, tales como pueden ser vistas en el caso de Abraham. Él le da un hijo en su ancianidad, y luego le dice: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto.” Harán bien en orar: “Señor, no nos metas en una tentación como ésa. Yo no soy digno de ser probado así. Oh, no me pruebes así.”

Yo he conocido algunos cristianos que reflexionan y evalúan si ellos podrían actuar como lo hizo el patriarca. Eso es muy insensato, amado hermano. Cuando seas llamado a hacerlo, serás capacitado para llevar a cabo el mismo sacrificio, por la gracia de Dios; pero si no has recibido un llamado para hacerlo, ¿por qué habrías de recibir ese poder? ¿Acaso quedará sin ser usada la gracia de Dios? Tu fuerza será igual a tu día, pero no lo excederá. Yo quisiera que ustedes pidieran ser librados de las pruebas más severas.

Podemos ver otro ejemplo en Job. Dios entregó a Job a Satanás con un límite, y ustedes saben cómo Satanás lo atormentó y lo probó para aplastarlo. Si alguien orara: “Señor, pruébame como a Job,” estaría orando de manera imprudente. “Oh, pero yo podría ser tan paciente como él,” dirás. Tú eres precisamente el hombre que se entregaría a la amargura y maldeciría a su Dios. El hombre que podría exhibir mejor la paciencia de Job sería el primero, de conformidad al mandato del Señor, que oraría fervientemente: “no nos metas en tentación.”

Queridos amigos, debemos estar preparados para las pruebas, si Dios así lo quiere, pero no debemos cortejarlas, sino orar para ser librados de ellas, lo mismo que nuestro Señor, que aunque estaba preparado a beber la amarga copa, sin embargo, en agonía exclamó: “si es posible, pase de mí esta copa.” Las aflicciones buscadas, no son aquellas que el Señor ha prometido bendecir.

Para explicar lo que quiero decir de una manera que pueda ser vista claramente, déjenme contarles una vieja anécdota. He leído en la historia, que dos hombres fueron condenados a morir como mártires en los días de la violenta persecución de la reina María. Uno de ellos se jactaba en voz alta ante su compañero, por la confianza que tenía que se comportaría como un verdadero hombre cuando fuera a la hoguera. A él no le importaba el sufrimiento, y estaba tan firme en el Evangelio que sabía que nunca renegaría de él. Dijo que ansiaba que llegara la mañana fatal, como se espera a una novia el día de la boda. Su compañero de prisión, con quien compartía la misma celda, era una pobre criatura temblorosa, que no podía ni quería negar a su Señor; pero le confesó a su compañero que le tenía mucho miedo al fuego. Comentó que siempre había sido muy sensible al sufrimiento, y temía que cuando el fuego comenzara a arder, el dolor lo podría empujar a renegar de la verdad. Le suplicó a su amigo que orara por él, y se pasó el tiempo llorando por

su debilidad y clamando a Dios, pidiéndole fortaleza. El otro lo reprendía continuamente, y lo increpaba por ser tan incrédulo y débil. Cuando ambos fueron a la hoguera, el que había sido tan valiente se retractó a la vista del fuego, y regresó de manera ignominiosa a una vida de apóstata, mientras que el pobre hombre tembloroso cuya oración había sido: “no me metas en tentación,” estuvo firme como una roca, alabando y engrandeciendo a Dios, mientras ardía hasta quedar carbonizado.

Nuestra debilidad es fortaleza, y nuestra fortaleza es debilidad. Clamen a Dios que no les mande pruebas que sobrepasen sus fuerzas; y en la tierna timidez de su débil conciencia, susurren la plegaria: “no nos metas en tentación.” Luego, si Él los induce al conflicto, Su Santo Espíritu los fortalecerá, y serán tan fieros ante el adversario como un león. Aunque tiemblen y se agachen en su interior ante el trono de Dios, ustedes podrían confrontar al propio diablo y a todas las huestes del infierno, sin el menor tinte de miedo. Podría parecer extraño, pero así es.

III. Y ahora concluyo con el último encabezamiento: LAS LECCIONES QUE NOS ENSEÑA ESTA PLEGARIA. No tengo tiempo para poder extenderme. Las mencionaré sin mayor elaboración.

La primera lección de la oración: “no nos metas en tentación,” es ésta: *nunca se jacten de su propia fortaleza*. No digan: “oh, yo nunca voy a caer en esas insensateces y pecados. Me podrán probar, pero en mí encontrarán un rival invencible.” El que se ciñe las armas no debe alabarse tanto como el que las descigne. Nunca cedan a un pensamiento de autoestima por la fortaleza propia. No tienen ningún poder que provenga de ustedes; son tan débiles como el agua. El diablo sólo tiene que presionarlos en el lugar preciso y ustedes saltarán de acuerdo a su voluntad. Con solo que una o dos piedras sueltas sean sacudidas, pronto comprobarán que el débil edificio de su propia virtud natural se desplomará de improviso. Nunca inviten a la tentación, jactándose de su propia capacidad.

Lo siguiente es: *nunca deseen la prueba*. ¿Alguien hace alguna vez eso? Sí; escuché a uno el otro día, que decía que Dios lo había prosperado tanto, durante tantos años, que temía no ser un hijo de Dios, pues había descubierto que los hijos de Dios eran disciplinados, y por tanto, él casi anhelaba experimentar la aflicción. Amado hermano, no desees eso: demasiado pronto caerás en problemas. Si yo fuera un niño y estuviera en mi casa, no creo que le diría a mi hermano, después que recibió unos azotes: “me temo que no soy hijo de mi padre, y dudo que me ame porque no he sido castigado con la vara como tú. Yo deseo que me azote para saber que me ama.” No; ningún hijo sería jamás tan estúpido. No debemos desear, por ninguna razón, ser afligidos o probados, sino que debemos orar: “no nos metas en tentación.”

El siguiente pensamiento es, *no acudir nunca a la tentación*. El hombre que ora: “no nos metas en tentación,” y luego va a ella, es un mentiroso ante Dios. ¡Cuán hipócrita debe ser un hombre que dice esta ora-

ción y luego asiste a presenciar espectáculos indecentes! ¡Cuán falso es aquél que ofrece esta oración y luego se para en el bar y toma licor y habla con hombres depravados y mujeres de vida ligera! “No nos metas en tentación,” es una vergonzosa irreverencia si sale de los labios de hombres que asisten a lugares de diversión cuyo tono moral es malo.

“Oh,” dirás, “no debería decirnos tales cosas.” ¿Por qué no? Algunos de ustedes las hacen, y me atrevo a censurarlas dondequiera que se encuentren, y lo haré mientras mi lengua tenga movimiento. Hay un mundo de hipocresía a nuestro alrededor. La gente va a la iglesia y dice: “No nos metas en tentación,” y luego, sabiendo dónde se encuentra la tentación, van derechito a ella. *Tú* no necesitas pedirle al Señor que no te meta en tentación; Él no tiene nada que ver contigo. Entre el diablo y tú pueden llegar muy lejos, sin necesidad que te burles de Dios con tus oraciones hipócritas.

El hombre que va al pecado voluntariamente con sus ojos bien abiertos, y luego dobla su rodilla, y el domingo en la mañana en la iglesia repite media docena de veces: “No nos metas en tentación,” es un hipócrita sin máscara en su rostro. Que guarde esto en su corazón, y sepa que estoy dirigiendo esto personalmente contra él, y contra todos los hipócritas descarados como él.

La última palabra es que, si piden a Dios que no los meta en tentación, *no conduzcan a otros allí*. Algunas personas parecen ser singularmente olvidadizas del efecto de su ejemplo, pues hacen cosas malas en presencia de sus hijos, y de quienes les tienen consideración. Ahora, yo les ruego que piensen que mediante el mal ejemplo, destruyen a otros y se destruyen ustedes mismos. No hagas nada, mi querido hermano, de lo cual tengas que avergonzarte, o que no quisieras que otros copien de ti. Haz el bien en todo momento, y no permitas que Satanás te convierta en una “zarpa de fiera” para destruir las almas de los demás: ora con sinceridad, “No nos metas en tentación;” y no conduzcas a tus hijos allí.

Si ellos están invitados durante la estación festiva a tal y tal fiesta familiar, donde habrá de todo, excepto aquello que los lleve a su crecimiento espiritual o simplemente a practicar una buena conducta: no les des permiso de ir. En esto debes ser intransigente. Debes ser firme al respecto. Habiendo orado una vez: “No nos metas en tentación,” no le hagas al hipócrita permitiendo que tus hijos vayan a la tentación.

Dios bendiga estas palabras para nosotros. Que se graben profundamente en nuestras almas, y si alguien siente que ha pecado, oh, que pueda pedir ahora perdón por medio de la sangre preciosa de Cristo, y que lo encuentre por la fe en Él. Cuando hayan obtenido misericordia, que su siguiente deseo sea que puedan ser guardados en el futuro del pecado que han cometido antes, y por tanto, que su oración sea: “No nos metas en tentación.” Que Dios los bendiga.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Mateo 6: 1-24.

Nota del traductor: este sermón no muestra la fecha específica de su predicación.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1402 – Volumen 24
LEAD US NOT INTO TEMPTATION